

los más ilustres de los grandes hombres, si su abnegacion fraternal no le hubiese obligado á quedarse en segunda linea, si no hubiese preferido la utilidad al esplendor, el deber á la gloria, si no hubiese comprendido que para él era ya bastante el haber servido en cualidad de teniente al Revelador del Globo.

El rey don Fernando sentía cierta simpatía por el Adelantado. Mostrábase aficionado á Bartolomé Colon como de un soberbio caballo de guerra ó de una preciosa armadura. Hubiera querido poder dar una carga contra un ejército al frente de un solo escuadron compuesto de caballeros que tuvieran todos la fuerza de don Bartolomé. De muy buena gana detenía á su lado al Adelantado, gustábale tenerle cerca de sí; considerarle como un tipo de gran capitán, aunque su envidia le impedía siempre emplearle en alguna empresa honrosa. A veces parecía dispuesto á confiarle una expedicion de descubrimientos marítimos; pero luégo que se hablaba de ello formalmente, cambiaba de parecer y quería ponerle al frente de un ejército de tierra. Con todo, lo que puso de manifiesto de una manera evidente cuánto apreciaba el Rey Católico á don Bartolomé, fueron los regalos en dinero que bajo diversos pretextos le hizo aquel monarca económico hasta la avaricia. Dióle en propiedad la pequeña isla Mona, situada cerca de la Española, la cual tenía seis leguas de circuito, añadiéndole al donativo un reparto de doscientos indios para que la cultivaran.

Bartolomé, sin embargo, conservando su título de Adelantado de las Indias, acompañó á su sobrino el Almirante don Diego Colon á su gobierno. Algunos años despues dejó la Española para ir á defender los intereses de su sobrino en Castilla. Mejorada un poco su situacion, volvió á su lado, donde continuó ocupado en defender sus derechos contra las hechuras de Juan de Fonseca, capitaneados por Miguel Pasamonte. Durante ese tiempo, más de una vez tuvo Fernando la veleidad de utilizar los superiores talentos del Adelantado. Finalmente, hacia el año 1514, considerando el anciano Rey Católico el mal éxito de los primeros ensayos de colonizacion hechos en el Nuevo Continente, se decidió, á pesar de sus sospechas, á encargar á don Bartolomé una expedicion. Pero fué inútil esta prueba harto tardía de una estimacion por tantos títulos merecida: en el momento en que anclaba en Santo Domingo la carabela que traía esta comision, había cesado de vivir el Adelantado. Dícese que don Fernando, quien, por exceso de prudencia, se había privado de sus servicios, sintió su pérdida.

En la linea secundaria que ocupaba el Adelantado, desplegó una capacidad superior y demostró las cualidades de un alma heróica. Su desinterés y pureza de costumbres no fueron inferiores á su valor y habilidad de mando. Se le vió exacto, fiel y modesto, á ejemplo del Almirante, cuyo genio admiraba y cuyas instrucciones ejecutaba puntualmente. Sin ser muy aprovechado en la piedad sublime, se mostró verdaderamente cristiano; practicó las máximas de la fé católica, y fué

irreprochable en sus costumbres. Cuando don Bartolomé devolvió, generosamente y sin condiciones, á su marido la hermana del cacique Mayobana, una de las más célebres hermosuras de Haití, que había caído prisionera, renovó sin vanidad el acto de continencia de Escipion, tan ensalzado por la historia; su reserva llena de cortesía, observada con la encantadora Anacoana, no nos parece inferior á ese rasgo de virtud. El sentimiento del deber era innato en él.

Jamas se atrevieron las Oficinas de Sevilla á tramar contra el Adelantado las persecuciones declaradas cuyo blanco fué el Almirante. Para enredarle, debieron recurrir á medios oblicuos, redoblar astucias y manejos. El Adelantado inspiraba naturalmente el respeto de su fuerza física, tan caballerosamente puesta á prueba durante los contratiempos de la última expedicion en Rio-Belen, cerca del Veragua, y en Maimi, en la Jamáica, durante la rebelion de la camarilla de Sevilla que él había apaciguado solo con su espada. El Rey le admiró y le temió. En cuanto á él, pareció no temer, despues de Dios, sino la transgresion de sus deberes. Cumplió dócilmente la voluntad de su hermano, mientras vivió; y, fiel á su cariño más allá de la tumba, no cesó de profesar á sus sobrinos un afecto paternal.

El sacerdote don Diego Colon, que se había consagrado á la Iglesia á consecuencia de su probada vocacion, también acompañó á su sobrino á la Española, como si hubiese previsto que le había de ser útil. Habiendo podido obtener, por la benevolencia de la Reina, todas las dignidades eclesiásticas, no aceptó ningun título ni beneficio, y sirvió fielmente al Señor por quien había dejado el mundo. Habiendo en otro tiempo administrado la isla en 1494, durante la ausencia del Virey, y ántes de la llegada de don Bartolomé, se hizo nuevamente útil durante la ausencia de su sobrino. Despues de la muerte del Adelantado, debió dirigir el gobierno colonial y proteger á la Vireina, su sobrina. Pero aprovechando el regreso del Almirante don Diego, parece que se fué de la ciudad de Santo Domingo, para satisfacer su aficion al retiro y á la vida oscura y humilde.

La historia le pierde completamente de vista. No se hace de él mencion ninguna en la época del regreso de la Vireina á España. Se puede creer con fundamento que el piadoso sacerdote, don Diego Colon, se había retirado á la Concepcion, cerca de la cruz plantada por su hermano; porque si hubiese muerto en Santo Domingo, en la residencia de su sobrino, se sabría la época de su fallecimiento. El retiro á un sitio amado por el Revelador del Globo, al que profesaba tan tierna admiracion, parece conforme á su carácter contemplativo, y debió colmar su deseo de servir á Dios, apartado del bullicio del mundo. Fijárase en la residencia que su hermano había amado tanto, en aquel sitio donde el Señor hacia brillar milagrosamente la gloria del mensajero de la cruz. Sin duda moriría allí, conforme á sus deseos, en el olvido que deseaba su humildad. Por su piedad, se había mostrado constantemente el digno hermano de un Santo.

§ V.

Fáltanos hablar del segundo hijo de Cristóbal Colon, don Fernando, á quien los escritores de la Liguria, siguiendo á Spotorno, rebajan y calumnian tradicionalmente; mientras que él amaba á los genoveses y les honraba hasta llamarles compatriotas, y querer pasar él mismo por genoves, sólo porque su padre lo era de nacimiento.

Casi no contaba don Fernando ocho años de edad cuando pasó de la noble, pero pobre, casa de los Enríquez á la Corte, donde la maternal bondad de Isabel se dignó colocarle como paje favorito, es decir, niño mimado, cerca del Príncipe Real, su hijo único. Trasladado súbitamente, á la edad de trece años, de la mansión del favor y de las grandezas á playas desconocidas en el Atlántico, durante la última expedición de su padre, se encontró frente á frente de los más terribles peligros y sufrió las más crueles angustias que jamás experimentó ningún marino, é hizo aprendizaje de la vida en medio de los padecimientos y de los fenómenos más formidables. Esos terribles peligros pusieron de relieve las precoces cualidades de su carácter. Fernando desplegó una firmeza y un valor que no eran de esperar en un adolescente. Cuidaba y consolaba con respetuoso cariño á su padre enfermo. Aunque entonces era gentil-hombre de la casa de la Reina é hijo del Virey de las Indias, no se avergonzaba de aplicarse á la maniobra como el último de los grumetes, el instinto del marino se revelaba en él de tal manera que se hacía notar del Almirante en medio de los dolores de su alma y de sus tormentos corporales.

Fernando tenía á quien parecerse para mostrarse de esta manera superior desde un principio, y muy temprano honró el nombre que llevaba. La elevación de su ánimo, la precocidad de su juicio, la sagacidad de su observación, su modestia, el encanto de su conversación (1) recordaban á su padre. Su aptitud particular para las ciencias geográficas y náuticas revelaba la herencia de los dones paternos, sin que su rápido desarrollo intelectual hubiese detenido el desenvolvimiento no ménos pronto de sus fuerzas y crecimiento. Era mucho más alto que su padre, y más corpulento que su tío el Adelantado. Sin embargo, á pesar de estas ventajosas cualidades exteriores, después de la muerte del Almirante se consagró don

(1) Su enemigo Oviedo y Valdés, se vé obligado á hacerle justicia en este punto. «Y mas de ser de mucha nobleza y afabilidad y dulce conversacion; es docto en diversas ciencias; y en especial en cosmografía...»—*La Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. vi.

Fernando únicamente á Dios y á la ciencia. En lo más íntimo de su interior germinó el más completo desprendimiento del mundo, antes que los desengaños de la vida y la pérdida de las ilusiones del corazón hubiesen podido inspirar este sacrificio. Consagróse al Señor en la flor de su juventud, y como un casto lirio nacido junto á las gradas del santuario, derramó lejos del mundo el aroma de sus virtudes. Comprendiendo muy bien que la dicha de ser el hijo del santo descubridor del Nuevo Mundo equivalía á todas las grandezas, y que él quedaría siempre absorbido por la claridad de la gloria de su padre, de la misma manera que se nos hace casi invisible el planeta Mercurio á causa de su gran proximidad al sol, no pensó sino en imitar las virtudes de su padre cuyo genio en vano hubiera pretendido igualar.

La terrible majestad del Océano, los prodigios de la gracia y el sublime ejemplo de Cristóbal Colon, habían sido los primeros objetos ofrecidos á la reflexión de don Fernando al dejar las regiones doradas de la corte de Castilla. En su ánimo se imprimió algo grande y silencioso como la calma del Atlántico. Tuvo cierto recogimiento natural, indicio de la observación profunda. Y como quiera que la inmensidad, llevándonos por completo, detiene nuestra palabra que conoce su propia impotencia ante el infinito, el hijo de Cristóbal Colon fué muy lacónico en su lenguaje y no multiplicó ni sus escritos ni sus palabras. Pensó mucho más que no obró, obró mucho más que no habló, y habló más que no escribió.

Pero sus nobles cualidades, su vasta erudición, aquella madurez de razón que Cristóbal Colon distinguía ya, cuando apenas Fernando frisaba en sus diez y siete años; su excelente piedad, la especialidad de sus conocimientos en cosmografía y hasta en náutica le atrajeron la consideración de la Corte, una estimación mezclada de envidia en las Oficinas de la Marina y la confianza de los soberanos. Fernando no solicitó ningún favor de los Reyes, ninguna distinción personal, y no quiso en la Iglesia más que la honra de vestir su librea, sin atreverse, según se dice, ni aspirar al sacerdocio.

Cuando su hermano mayor, el Almirante don Diego Colon, partió para la Española, siguióle con sus tíos don Bartolomé y don Diego. Antes de su partida había encargado el rey Fernando al Almirante que concediera á don Fernando en su gobierno cuanto pudiera serle provechoso (1). No se vé que don Fernando usara de ese favor real, verdadera excepción en los hábitos de parsimonia y desconfianza del Rey Católico; pero el Almirante proveía generosamente á sus

(1) «Tuvo orden del Rey para aprovechar á su hermano don Hernando en quanto pudiese.»—Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década 1, lib. VII, cap. vi.

necesidades. Para las rentas personales de su hermano obligó unos terrenos á cuya explotacion habia destinados cuatro cientos Indios. La estancia de don Fernando en la Española no se prolongó más de dos años, porque se sabe que en 1512 estaba en Italia. Despues de haber visitado la ciudad natal de su padre, Cogoleto y sus cercanias, y recorrido el Plasentino, satisfizo su piedad yendo á Roma, en donde se hallaba á fines de aquel año. Su aficion á los libros y á las bellas letras le condujo á todas las bibliotecas y á todos los cursos públicos que entónces se daban. Sabemos que oyó explicar las sátiras de Juvenal á un profesor de bella latinidad (1).

Don Fernando cruzó otra vez el Atlántico, visitó varias regiones del Nuevo Mundo, observando la Naturaleza, y volvió á Europa despues de la muerte de su tío el Adelantado. El emperador Carlos V apreció su mérito, quiso tenerle á su lado, y le llevó en sus viajes á Italia, Flándes y Alemania (2). Es probable que el monarca favoreció sus aficiones con munificencia verdaderamente imperial, porque, á pesar de que eran sus rentas bastante cortas, ejecutó don Fernando nobles proyectos. Su aficion á la contemplacion de la Naturaleza, su amor á las obras de Dios le impelieron, despues de haber recorrido toda Europa, á navegar por el Mediterráneo hasta el Asia. Probablemente fué á visitar los Santos Lugares que su glorioso padre habia tan ardientemente deseado librar del yugo del Islamismo. Aportó despues á algunas comarcas del África, y no regresó á España sino despues de haber notado muchas cosas y recogido muchos libros ó manuscritos.

La superioridad de los conocimientos cosmográficos de don Fernando, fué causa de que Carlos V le escogiera para presidir una comision de geógrafos y pilotos encargada de corregir los errores que hacian peligroso el uso de los mapas marinos dibujados bajo la direccion de Amerigo Vespucci. El gobierno de España acudió á sus luces en diversas ocasiones. El año 1524, en la cuestion suscitada entre Castilla y Portugal con motivo de la posesion de las Molucas, tuvo Fernando Colon la mision de examinar los puntos del litigio, y presentar un informe á la Corona de España. Muy léjos de prévalerse don Fernando de esa extraordinaria confianza, no ateniéndose á sus propios conocimientos, quiso someter su opinion á los cosmógrafos Acuña, Manuel y Barrientos, quienes no pudieron ménos de aprobar sus conclusiones. El célebre navegante Sebastian

(1) Esta particularidad se halla escrita de su propio puño en el ejemplar de Juvenal que trajo de su viaje.—D. Eustaquio Fernández de Navarrete. *Noticias para la vida de D. Fernando Colon.*

(2) «... Y despues con el Emperador á Italia, Flándes y Alemania, y en estos, y en particulares viajes, peregrinó toda la Europa, y mucho de la Asia y Africa...»—Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, lib. XIV, fól. 496.

Cabot consideraba á don Fernando como la primera autoridad cosmográfica de su época. Se vé que en sus exploraciones se acordaba de él, y desde las orillas del Rio de la Plata suplicaba al Soberano que no permitiera ejecutar ciertos artículos acerca del pilotaje, sin el prévio consentimiento de don Fernando Colon.

En 1527, don Fernando fué nombrado presidente de la comision de exámen de los oficiales de mar durante la ausencia del célebre Sebastian Cabot. Para señalar mejor la consideracion debida á don Fernando, y quizas á causa del desempeño gratuito de sus funciones temporales, mandó el Emperador que los exámenes para todos los grados se verificaran no solamente en su presencia, sino en su propia casa (1), á fin de evitarle toda molestia y que no pudiera darse ningun grado sin su aprobacion, miéntras él estuviera en Sevilla.

El Emperador Carlos V hubiera deseado tenerle siempre á su lado. Ningun ofrecimiento logró cambiar la resolucion de Fernando, que deseaba seguir el plan de utilidad cristiana que habia concebido. Renunció voluntariamente á la elevada posicion en que se complacia en mantenerle la benevolencia imperial; y se fijó definitivamente en Sevilla, donde se le ofrecian frecuentes ocasiones de servir á la Corona y la ciencia, por la aplicacion de sus conocimientos técnicos. En la eleccion de esa ciudad para su residencia, parecia haber querido don Fernando vengarse de Sevilla por su procedimiento muy digno de su padre, á quien perseguía más allá de la tumba la ciudad calumniadora.

Hé aqui de qué manera combinó su venganza.

En su viaje á Flándes, formando parte de la comitiva de Carlos V, el hijo de Cristóbal Colon se habia puesto en relaciones con teólogos y afamados doctores en derecho. Con estos hombres sabios y piadosos imaginó formar cierta comunidad libre, en la que las simpatías reemplazaran los votos, y que sirviera á la Iglesia al mismo tiempo que á España, propagando la literatura y dando á Sevilla, privada hasta entónces de escuela célebre, una Academia sabia, un colegio de matemáticas (2) y una biblioteca más rica que otra alguna de los Estados de España.

Los severos principios de orden y economía que habia aprendido en los ejemplos de su padre pusieron á don Fernando en situacion de sufragar los gastos enormes de los establecimientos proyectados. En todas las capitales habia abierto correspondencias bibliográficas. Por intermediacion de los genoveses á

(1) «Se ordenó que... el exámen y disputas se hiziessen en presencia de don Hernando Colon y en su casa, y que no pudiesen dar el grado sin su aprobacion, hallándose en la ciudad de Sevilla.»—Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década iv, lib. II, cap. v.

(2) «Y en ella con licencia del Emperador deseó establecer una Academia, y Colegio de las ciencias mathemáticas, importantísimas á la navegacion.»—Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy leal y muy noble ciudad de Sevilla*, lib. XIV, fól. 496.